

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1909

NÚMERO 91



TODO ENCUENTRA RECOMPENSA

(CONCLUSIÓN)

Un hombre estaba allí ocupado en singular trabajo al lado de una puerta de la casa. El honrado *Tresor* no era amigo probablemente de los que á semejantes horas entraban en los sitios que él habitaba, y al momento intervino tan oportunamente.

Ayuntamiento de Madrid

Sorprendido por tan inesperado ataque, el bandido lanzó un horrible grito de angustia. Creía descubiertos sus designios, y se veía ya preso y agarrado por varios arqueros. Y mientras el titiritero acudía á librarle del abrazo que le ahogaba, decía con dolorida voz:

—Perdón, gracia... No soy yo. Yo no tengo resentimientos contra el señor; sus enemigos me han pagado.

—Para realizar una hermosa obra, miserable—añadió el duque, y rogó al titiritero que hiciera á la bestia soltar su presa, después de atarle.

La lucha despertó á los durmientes, que acudieron unos tras otros en los trajes más pintorescos y con los ojos más ó menos hinchados por el sueño.

Mesnard, que había corrido á buscar una antorcha, sólo vió al llegar al duque de Borgoña y cerca de él al domador de osos.

—¡ Ah, Dios mío, exclamó!—Bien decía yo que este maldito vagabundo nos traería la desgracia con su oso.

—Ciertamente tú encuentras que me ha traído desgracia, imbécil—replicó severamente el duque.—Pues has de saber, pollino, que sin este hombre, y sobre todo sin su bravo animal, yo estaría muerto á estas horas.

Todos se acercaron á Carlos el *Temerario*, que había cogido la antorcha de manos de Mesnard. Entonces vieron al malhechor en tierra, atados pies y brazos, anonadado y casi muerto de miedo al ver al oso que de cerca le contemplaba descontento de que le hubieran arrebatado su prisionero. La daga de que había intentado valerse estaba al lado suyo en el suelo.

El *Temerario* juzgó que la escena se prolongaba demasiado, y ordenó al titiritero que con la ayuda de Mesnard llevase al asesino al cobertizo en que se albergaba y en donde podrían vigilarle mejor hasta que fuera de día. Así lo hicieron, y vueltos á sus lechos, terminaron todos con más tranquilidad aquella noche tan agitada.

Al día siguiente, muy temprano, al prepararse el titiritero á continuar su camino, Mesnard, que parecía acecharle, le detuvo, y con extremada amabilidad le dijo:

—Monseñor el duque te ruega que no abandones esta casa antes de que haya podido hablar contigo.

El hombre obedeció. No tuvo que esperar mucho tiempo. Carlos, madrugador por costumbre, vino en persona al patio á encontrar al titiritero.

—¡ Hola, señores!—dijo,—dadme todo el dinero que tengáis.

Y tomando su bolsa, que no le parecía bastante pesada para recompensar al bravo hombre, la llenó con el oro que le dieron sus compañeros.

El titiritero no daba crédito á lo que veía.

—Todo esto, todo esto para mí—repetía llorando de gozo.—¡ Oh, se han acabado los días de miseria!

—Mi pobre *Tresor*—añadía abrazando á su oso,—á ti te lo debo; en

adelante tú tendrás siempre pan de trigo, miel y frutas en el verano y una buena cama para dormir en todo tiempo.

Cuando se alejó del pabellón de caza y en unión de *Tresor* tomó el camino de la villa próxima, el duque Carlos, volviéndose hacia Mesnard, le preguntó:

—¿Crees aún, mi bravo, que hice una imbecilidad al dar albergue á ese buen hombre y á su bestia?—





ALFONSITO EL SABIO

(CONCLUSIÓN)

PERICO. Pues... verás. Yo creo que sé dónde está y por eso vengo. Anda, Maruja, ven-te conmigo.

MARUJA. ¿Yo?

PERICO. Sí, tú que sabes ese atajo que yo no conozco. (*Sigue haciéndola señas.*)

MARUJA. (*Sin comprender.*) ¿Qué atajo?

PERICO. Sí, mujer, el atajo de Fuente Seca. Anda, corre, que no hay tiempo que perder.

MARUJA. Vamos allá. (*Dándose cuenta de que Perico busca un pretexto para decirla algo.*)

RAFAEL. Pues vamos todos.

PERICO. (*Rápidamente.*) No, nadie más que ella. Adiós. (*Van-se corriendo Perico y Maruja.*)

ESCENA III

RAFAEL, JACOBO, EMILIA, PURA, y luego LATORRE, D. JUAN y SEBASTIAN

RAFAEL. Perico oculta algo.

JACOBO. Eso me ha parecido.

EMILIA. ¡Vamos...! ¿Y Maruja?

RAFAEL. Se ha ido con Perico á enseñarle un atajo.

PURA. ¡No tenemos ya quien nos guíe...!

JACOBO. No.

RAFAEL. No hace falta. Por allí vuelven papá y el tío con Sebastián.

EMILIA. ¿No viene Alfonso?

RAFAEL. Vendrá más retrasado.

LATORRE. ¡Inmediatamente, que se recorra todo el bosque! Yo pago el jornal á todo el que vaya, y al que lo encuentre, no ya 1.000, 2.000 pesetas le ofrezco.

D. JUAN. Pronto. Sebastián, avise usted á la gente.

SEBAST. Voy corriendo.

EMILIA. ¿No le habéis encontrado? ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¿Qué habrá sido de mi hijo?

LATORRE. Calma, Emilia, calma. De noche no hemos acertado y estábamos rendidos. Ahora irá mucha gente y parecerá en seguida.

PURA. ¡Ay, papá! ¡Qué pena tan grande!

LATORRE. No os aflijáis. Ahora veréis como vuelve pronto.

ESCENA IV

DICHOS, PERICO, que llega corriendo.

PERICO. ¡Ya, ya!

TODOS. ¿Qué?

PERICO. ¡Que ya... que ya ha parecido!

EMILIA. ¿Dónde?

LATORRE. ¡Habla!

PERICO. Pues eso es lo que tiene gracia.

LATORRE. ¿Qué dices?

PERICO. Que le hemos estado bus-

cando todos y se lo ha ido á encontrar Maruja.

TODOS. ¿Maruja?

PERICO. *Velay.*

ESCENA FINAL

DICHOS, MARUJA y ALFONSO, que corre á abrazar á su madre.

EMILIA. *(Al verle.)* ¡Hijo de mi alma!

ALFONSO. Perdón, madre mia, por el susto que os he dado.

LATORRE. Si te sirve de escarmiento lo daremos por bien empleado, hijo mío.

ALFONSO. Me servirá, papá.

PERICO. *(A Latorre.)* Señorito, de modo que á Maruja la darán las 1.000 pesetas.

RAFAEL. Dos mil. El tío ha duplicado la oferta.

LATORRE. Con mil amores.

ALFONSO. Os presento al corazón más hermoso de este mundo. *(Abrazando á Perico.)*

PERICO. ¡A ver si te callas!

ALFONSO. No quiero callar. Me ha encontrado él, me ha amparado él y me ha traído él; pero como habias ofrecido 1.000 pesetas á quien me trajera, ha hecho una comedia para que la recompensa sea para Maruja que está muy pobre.

PERICO. ¡Si eres mudo revientas!

LATORRE. Ni Maruja ni Perico caerán de nada en lo sucesivo. Yo costearé su educación y vivirán con nosotros. A su lado aprenderán mis hijos nobleza, bondad y modestia, mejor que en ningún libro del mundo. Emilia, tenemos dos hijos más. *(Todos abrazan á Perico. Su padre, Sebastián, se enjuaga con el revés de la mano lágrimas de alegría.)*

D. JUAN. *(Contemplando el grupo.)*

¡Es admirable!

CAE EL TELÓN.

FIN DE LA COMEDIA



RELATOS DE CAZA

BAJO LA NIEVE

Iván Soconoff se asomó á una ventana de su rústica choza y extendió su mirada por la amplia é inacabable llanura. Estaba cubierta de nieve. Al abrir los cristales, una bocanada de frigidísimo viento azotó su semblante. El cielo seguía lleno de amenazadoras nubes que de Oriente á Poniente corrían dando tumbos. Iván volvióse hacia donde estaba su mujer amamantando á un pequeñuelo, y le dijo:

—Me voy al bosque. Esta noche ha caído un buen hielo, y al pie de los árboles habrá muchos pájaros muertos...

Y, cogiendo un largo cayado y calándose hasta las cejas el peludo gorro, se marchó. Todos los caminos estaban borrados, pero en el fondo del horizonte se veía la negruzca mancha del bosque. Cuando llegó á él principiaba la tarde. La nevada había sido tan abundante que bajo ella habían desaparecido las retamas, las hierbas y las zarzas. De la blanca sábana emergían los robustos troncos de los pinos, cuyas redondas copas, impelidas por el viento, se mecían pausadamente como albos penachos gigantescos. Iván no vió defraudadas sus esperanzas. Al pie de los esbeltos árboles encontró varios pajarillos muertos de hambre y de frío, y otros, que apenas podían volar, se dejaban coger vivos.

—¡Vaya una caza más cómoda...!—murmuro.

Y entregado á tan dulce entretenimiento, no notó que las horas se iban deslizándose, hasta que, habiéndose levantado un fortísimo huracán y mirando al cielo, llenóse de espanto al advertir la proximidad de la noche. Sin perder un instante echó á andar. Por el cielo se iba extendiendo una sombría nube semejante á un toldo grisáceo.

—¡La nevada se acerca!—musitó nuestro héroe.

Y en efecto, á los pocos momentos la maldita nube acabó de enseñorearse del cielo é Iván sintió en su curtido rostro los fríos besos de los primeros copos. Entonces empezó á correr con todas sus fuerzas. Estaba ya fuera del pinar; pero, aunque avanzaba rápidamente, llegó la noche sin que lograra ver su vivienda. Continuaba nevando.



Iván, ya extenuado y rendido, se detuvo. Las tinieblas le rodeaban enigmáticas y envueltas en sus negras hopalandas; la muerte le acechaba clavando en el blanco suelo sus descarnados calcañares.

—¡Sofía...! ¡Sofía...!—gritó el infeliz llamando á su esposa.

Y faltarle de fuerzas, cayó de bruces sobre la nieve...

.....
Pasados unos días, al dirigirse un labriego por aquellos alrededores, vió unos cuantos cuervos que se cernían sobre un bulto. Acercóse á él, espantando á los siniestros pajarracos, inclinóse y, habiéndole visto, exclamó:

—¡Pobre Iván Sokonoff...!

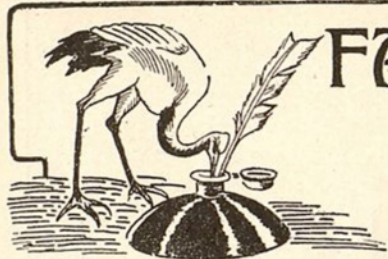
José A. LUENGO.



LA SIMA DE WATERLOO. CUADRO DE CHECA

El pintor ha conseguido fijar en este cuadro el terrible momento decisivo de aquella famosa batalla donde se decidió la suerte de Napoleón. Los coraceros, que desconocían el terreno, lanzáronse á la carga, y viéronse

sorprendidos por el barranco por donde se despeñaron en confuso tropel con sus caballos. Contemplando este cuadro, se siente una impresión de horror al pensar en la trágica escena que lo ha inspirado.



FABULAS ESCOGIDAS

EL ERUDITO Y EL RATON

En el cuarto de un célebre erudito
se hospedaba un ratón, ratón maldito,
que no se alimentaba de otra cosa
que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un gatazo el vigilante celo
pudo llegarle el pelo,
ni extrañas invenciones
de varias é ingeniosas ratoneras
ó el rejalar en dulces confecciones
curar lograron su incesante anhelo
de registrar las doctas paeleras
y acribillar las páginas enteras.
Quiso luego la trampa
que el perseguido autor diese á la estampa
sus obras de elocuencia y poesía,
y aquel bicho travieso,
si ante lo manuscrito le roía,
mucho mejor roía ya lo impreso.
—¡Qué desgracia la mía!
—el literato exclama,—ya estoy harto
de escribir para gente roedora,
y por no verme en esto, desde ahora
papel blanco no más habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desorden se corrija.
¡Pero si...! La traidora sabandija,
tan hecha á malas mañas, igualmente
en el blanco papel hincaba el diente.
El autor, aburrido,
echa en la tinta dosis competente
de solimán molido;
escribe, yo no sé si en prosa ó verso,
devora, pues, el animal perverso
y revienta por fin...—¡Feliz receta!
—dijo entonces el crítico poeta;—
quien tanto roe, mire no le escriba
con un poco de tinta corrosiva...”
*..Bien hace quien su crítica modera,
pero usarla conviene más severa
contra censura injusta y ofensiva,
cuando no hablar con sincero denuedo,
poca razón arguye ó mucho miedo.*

TOMAS IRIARTE



LAS BONDADES DE NINI

XLV

Estaban la mar de ricos todos los postres que me trajo Piluca, sí, señor; las niñas se chupaban los dedos de gusto y decían la mar de cosas buenas de ella. Tanto me cargaron, que pedí á la madre Rosario que me permitiesen traer mi cocinita y jugar á guisar, para que vieran todas las niñas que yo también hago dulces, ¡vaya, hombre, vaya! La madre Rosario me dijo que sí, que bueno, que lo trajeran, y se lo pedí á mamá; también la pedí dinero para comprar á las monjitas cosas para guisar, y mamá me lo dió todo porque dice que como la gusta tanto Piluca, tendría mucho gusto en que yo fuese como ella.

—¡Ay, mamita! ¡Mucho mejor seré que Piluca! Sois muy tontos al decirme eso; yo soy mejor, y, además, tan aplicada como ella; ya ves qué preciosa está la ropa de mi muñeca; ya ves qué primoroso el gorro del abuelín. Pues la que hace todo eso, mejor hará guisotes, que no tienen ningún chiste.

Mamá me dió todo lo que la pedí.

—Madre Rosario, voy á hacer postre para un año en mi cocinita; ¿me venderá usted todas las cosas que me hagan falta?

—Todas te las vendería con mucho gusto, pero el orden del convento no lo permite. ¿Sabes lo que puedes hacer? Pues aguardar al primer día de salida, y con la cocinita en tu casa y, además si va Piluca para que te enseñe, puedes hacer una porción de cosas ricas.

—¡Mire usted qué gracia!—contesté.—Yo quería hacerlo aquí para que Luz me ayudase y para que merendasen todas las niñas y todas las madres. Además, á mí no me hace falta Piluca para nada; ya estoy de ella hasta la coronilla; ¡como si sólo Piluca fuese capaz de



hacer las cosas bien! Pues ya verá usted como yo solita guisaré y haré unos dulces riquísimos sin que nadie me diga nada, ¡ea!, y los traeré al colegio y les dará á todos mucha envidia de ver lo que hago sin preguntar á mamá, ni á Piluca, ni á nadie, ¡vaya!

—Ya se enfadó la señorita Niní—dijo la madre Rosario.

—¡Pues clarito que me enfado!

Sí, señores, sí, ¡tenía una rabia! De coraje fuí y me puse á estudiar todas las lecciones muy retebién, para que no me castigasen sin salida. Y me di una prisa atroz á concluir la labor que estaba haciendo para mi mamá y que era bien bonita: un camino de mesa de una tela que tiene muchos agujeritos y que las madres la llaman *etamine*; pues en esa tela he bordado con sedas, que se pueden lavar, una cenefa muy preciosa. Se lo voy á regalar á mi mamá. Todo lo hice muy de prisa y muy bien para que no me castigasen. Y cuando llegó el día de salida, cogí el camino de mesa y el cuaderno de notas, y me fuí á mi casa dispuesta á hacer unos dulces que fueran más ricos que los que hace Piluca, para que rabiasen todos y se chuparan los dedos de gusto. Mis papás se pusieron muy contentos y los abuelitos también al ver la labor y el cuaderno con tan buenas notas.

Y, naturalmente, en cuanto dije á mamá que quería guisar como Piluca, me contestó que bueno, que ese sería el premio á las notas y al camino de mesa. Me puse á saltar y á cantar de puro contenta, y me marché corriendo á la cocina.

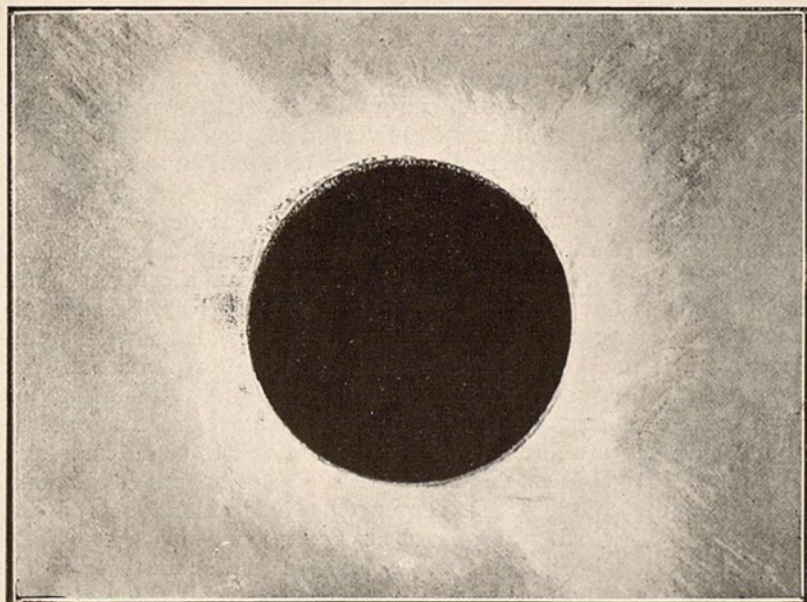
—Oye, tú, criada—dije á la cocinera,—dame ahora mismito... ¡ay, Dios mío! ¿Qué hará falta para hacer dulces...? A ver... dame... leche... y azúcar... y pimentón... y aceite... y huevos... y carne... y merluza... y anises... y almendras... y bizcochos... bueno, gracias; creo que ya no hará falta más... ¡ay, sí! un poco de vinagre.

La criada me dió todo eso, y yo lo cogí y me lo llevé á mi cuarto... hice que me encendieran el fogoncito y que me dejaran sola... ¡Qué gusto! Cogí una cacerola y eché el aceite, la leche, y el vinagre, y el pimentón; luego espachurré muy bien los anises y las almendras, y los bizcochos, y los huevos, y la carne, y la merluza; ¡anda, salero! lo revolví todo muy bien, y cuando coció un rato, lo quité de la cacerola, lo hice bolitas y lo eché azúcar por encima. ¡Qué rico debía estar, caramba!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



EL SOL

II

Además de las manchas que se han observado en el sol y de las que, en extracto, he hablado ya al estudiar los fenómenos de un eclipse solar total, se ven alrededor del disco obscuro de la luna un cierto número de apéndices luminosos, unos en forma de montañas, otros en forma de picos ó de pirámides, otros, en fin, semejando columnas. A estos apéndices, de un color rosado ó rojizo con mezcla de blanco y de violeta, se les ha dado el nombre de *protuberancias*.

Estas protuberancias han sido objeto de estudio detenido sólo desde hace pocos años relativamente; es decir, desde que se ha podido emplear la fotografía como auxiliar de la ciencia astronómica, y mediante ella conservar imágenes que antes no se podían retener.

Además se ha descubierto un procedimiento mediante el cual pueden estudiarse las protuberancias en cualquier momento, sin necesidad de esperar á que haya eclipses, y con esto y la ayuda del espectroscopio, se ha logrado analizar la composición química y la naturaleza física de aquellas.

Las tales protuberancias son acumulaciones de gases incandescentes; la materia de que están formadas está repartida por toda la superficie de la fotosfera, en una capa continua, cuyo espesor ha evaluado alguien en unos 8.000 kilómetros, y dichas protuberancias las constituyen masas de esos gases, que adoptan las más variadas formas y aspectos.

Las protuberancias del sol son de dos clases: las polares, que están compuestas de hidrógeno casi puro, cuyo color es pálido y que tienen poco brillo, y las protuberancias ecuatoriales, en las que se acusa la presencia de metales muy diversos, las cuales tienen mayor brillo que las otras y se presentan en la forma de llamas terminadas en puntas agudas, generalmente derechas, que se elevan á alturas que alcanzan hasta 50.000 leguas por encima de la fotosfera.

Tanto el color como la luz que el sol irradia llega á la tierra con más ó menos fuerza, según la posición que ésta ocupa con relación á aquél, y según la que absorbe la atmósfera que nos rodea. Se ha calculado que si la atmósfera transmitiera todo el calor solar, sin retener ninguna parte de él, cada metro cuadrado de tierra sobre el cual los rayos de sol cayeran verticalmente, recibiría 17.633 calorías por minuto. Para formarse idea de lo que es este calor, ponen los sabios algunos ejemplos. Pouillet dice que si la cantidad total de calor que emite el sol se emplease de una manera exclusiva en fundir una capa de hielo de 11 metros 80 centímetros de espesor, que rodeara la esfera de dicho astro por toda su circunferencia, tardaría en fundirla un minuto justo, y si la capa expresada tuviera un espesor de 17 kilómetros, la fundiría en el espacio de veinticuatro horas. Tyndall dice que el calor del sol en una hora es igual al que produciría la combustión de una capa de hulla de 27 kilómetros de espesor.

Para explicar que la temperatura del sol no baje, como parecería natural, se han imaginado tres hipótesis: la primera es la de que el movimiento de rotación del sol produce, al frotar su superficie contra el medio en que se mueve, calor y luz. Esta hipótesis tiene pocos defensores, porque lo que al sol le ocurre les pasaría también á los demás astros, que también giran sobre su eje, y á los que no les ocurre ese fenómeno. La segunda explicación que del calor del sol se da, es la de que el que produce se debe á que sobre él están constantemente cayendo una lluvia de bólidos, meteoros, corpúsculos, asteroides, etc., de los infinitos que vagan por los espacios, los cuales, con el choque que produce su caída sobre la superficie del sol, son causa de que la actividad solar no decaiga.

Por último, según Helmholtz, todos los planetas constituían al principio una nebulosa; la fuerza de gravitación que condensó en varios núcleos todas las moléculas de ésta, se ha transformado en calor y este calor es el que constituye la radiación solar.

Algunas veces se ha planteado la cuestión de si el sol es habitable y, por tanto, podría estar habitado; pero basta pensar en que si la combustión de la fotosfera transmite á la tierra el calor que, representado por cifras, antes queda apuntado, mucho mayor será el que irradie al mismo sol ó sea á su superficie interna, deduciéndose de ello que no hay ninguna organización de que podamos darnos cuenta los hombres que sea capaz de resistir tales temperaturas.

JUAN ANTON.

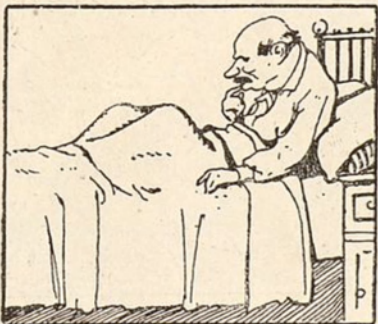
LA VIDA ES SUEÑO



Expone á sus amigos del café
su gran plan de campaña don José.



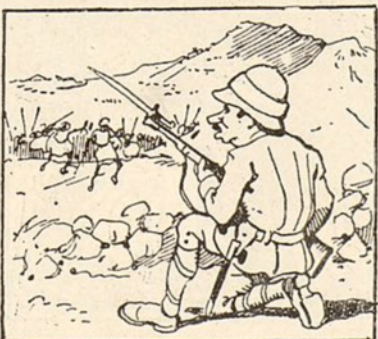
Y se marcha á su casa convencido
que un plan igual no discurriré nacido.



Al acostarse piensa lo que haría
si general le hiciesen cualquier día.



Poco después, quedándose dormido,
sueña que va á Melilla decidido.



Cien moros ve salir de una cañada,
que le atacan con furia inusitada.



Mas don José, que desconoce el miedo,
lucha con entereza y con denuedo.



Va el paladín sintiéndose rendido
de matar tanto moro de seguido.



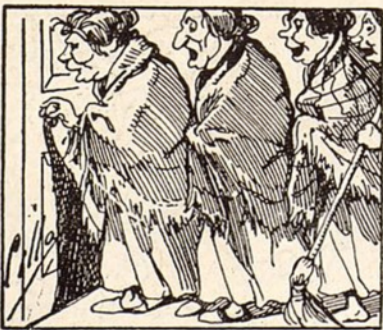
Y es, al fin, el heroico caballero
por los macros cogido prisionero.



Al verle tan gordito y colorado,
determinan comérsele en asado.



Mientras vueltas le dan al asador,
lanza gritos horribles de dolor.



A las voces levántanse asustadas
su señora, su suegra y las criadas.



Dejando, por haberlas despertado,
al pobre patriota derrengado.

Ayuntamiento de Madrid